

Merecen citarse, también, «España eterna» y «Elegía por los niños muertos», en los que el poeta distiende su emoción en presencia de la España dolorida y ensangrentada.

Oscar Castro, hasta ayer, totalmente desconocido, se nos revela como un poeta que maneja con destreza el viejo romance castellano remozado por García Lorca; si no es original, va camino de conseguirlo, pues hay en él un poeta auténtico, que si aun no encuentra su personalidad poética, nos la dará cuando se libere de influencias y se exprese en un acento propio, indiferenciado e inconfundible. Y lo esperamos y lo deseamos, porque Oscar Castro tiene intuición y sus versos son armoniosos y flúidos, con la armonía y fluidez espontáneas de las aguas ocultas que se vierten misteriosamente; para ello no necesita ni de la metáfora absurda ni de la sintaxis violenta, tan frecuentes en los poetas jóvenes que creen que la verdadera poesía es ininteligible.

<https://doi.org/10.29393/At172-222MRCT10222>

CASA CON TRES PATIOS, por *Guillermo Koenenkampf*.  
Zig-Zag, 1939.

En *Geografía Santa* saludamos en Guillermo Koenenkampf a un cuentista de seguro temperamento artístico, que sabía pintar ambientes típicos de nuestra nacionalidad, que movía con desenvoltura a sus personajes, bien caracterizados, y, sobre todo, a un estilista que manejaba con depurada elegancia el idioma; todo ello envuelto en una atmósfera de poesía que le relevaba del realismo plebeyo. Esperábamos que en sus obras siguientes se superara. Pues bien, su último libro, *Casa con tres patios*, si logra mantener las cualidades de su primera obra, dista de superarlas. Acaso se deba ello a que este escritor se inicia en una modalidad literaria distinta a la que le era familiar. Pues este último libro de Koenenkampf no pinta ambientes campesinos, ni pone de relieve nada típicamente chileno, ni

mueve a sus personajes ni los destaca en forma relevante. Parece que quiso escribir una novela psicológica; más bien diría, quintaesenciar los estados anímicos de sus personajes mediante la emoción que les suscita hechos menudos de la realidad cotidiana, en un constante proceso de evocación. Es decir, hacer novela psicoanalítica.

No diría que este intento de Koenenkampf ha sido frustrado: la realización artística está conseguida. Téngase presente que este escritor, de sangre germana, es un esforzado de las letras y un observador atento y vigilante de la realidad y las almas. Lo cierto es que este esfuerzo del escritor aparece en la obra. Se advierte que ella fué escrita poniendo más voluntad que temperamento, más cerebro que corazón. ¡Cómo se diferencia de Luis Durand, donde todo es temperamento y donde la emoción y el sentimiento chorrea por todos los poros! Para la lectura de este libro, hubimos también de requerir la voluntad, cuando decaía el interés, y esto nos sucedió con frecuencia.

Tiene Koenenkampf un gran poder de evocación. Ya lo dijimos al juzgar *Geografía Santa*, juicio que pareció no agradar al escritor, a pesar de que lo estimamos, desde el punto de vista artístico, altamente laudatorio. Pues bien, al leer este último libro suyo ratificamos rotundamente el aserto de que Koenenkampf tienen gran habilidad para desenredar la cañuela de sus recuerdos ovillados en lo hondo de su subconsciencia. La trama de esta novela no es otra que la de evocar tiempos de su niñez, desvaídos, esfumados, acaecidos en un ambiente en que se ha prologado la quietud somnolienta de la colonia, en una amplia casa de tres patios, empedrados con piedra de huevillo, presididos por un naranjo, con un botijo inclinado, donde gotea el agua con la misma lentitud acompasada con que se suceden las horas; de cuando en cuando cruzan estos patios mujeres arrebuajadas que caminan como sombras a la iglesia. Para llegar a estas casas se golpeaba por dos o tres veces con el pesado aldabón sobre la vetusta puerta claveteada, y al rato

sentíais un rumor arrastrado que se aproximaba por el zaguán». Así nos lo dice objetivamente Koenenkampf; pero este objetivismo está casi siempre superado por una nota poética, nostálgica, que le releva del mero realismo. En tales aspectos, alcanza a veces su prosa elevación poemática: «Por este segundo patio me iba otra vez diagonalmente, ahora hacia la derecha, hacia el fin de él, y me detenía junto a una ventana de rejillas labradas, donde, empinando un poco de mi exigua estatura, podía contemplar al fin, tras los vidrios exudados, el perfil de una mujer reclinada contra unos altos almohadones. ¿Estaría durmiendo aún, en la friolenta mañana de invierno? No; porque al cabo volvía lentamente el perfil hacia la ventana y una mano, salida de la tibieza de la sábanas, acababa por descorrer enteramente los visillos y dejaba ante mis ojos la imagen aurea y madrileña de una joven como de diecinueve años...»

Como vemos por las frases preinsertas, la prosa de Koenenkampf tiene una grata suavidad, dentro de un tono menor que le aleja del adorno recamado y de la sencillez chabacana. Bastante correcta, ella es la expresión de que nuestro autor trabaja a conciencia, con honradez artística, disciplinado intelectualmente por el estudio y la observancia.—MILTON ROSSEL.



ALEJANDRO VENEGAS (Dr. J. Valdés Cange), por *Enrique Molina*.—Editorial Nascimento, Santiago

Nadie más señalado que don Enrique Molina para tomar de la mano y traer hasta la luz de la actualidad, la figura olvidada de Alejandro Venegas. Al revés de Virgilio con Dante, es ahora el gran pensador vivo el que pasea a través del purgatorio de nuestra realidad, al espíritu del gran pensador muerto.

El, don Enrique Molina, le conoció y convivió con el autor de *Sinceridad*. Conocía bien la sinceridad de los actos, de los sentimientos y pensamientos del hombre que, a despecho de in-